

● Élisabeth Barillé reconstruye en 'Un amor al alba' el romance parisino entre dos jóvenes artistas del año 1911: Anna Ajmátova y Emilio Modigliani



La escritora francesa Élisabeth Barillé (París, 1960).

Arquitectura de un amor

UN AMOR AL ALBA

Élisabeth Barillé, Trad. David M. Copé. Periférica. Cáceres, 2021. 192 páginas. 17 euros

Manuel Gregorio González

La secuencia debiera ser como sigue: de la crítica de Campfleury y Baudelaire, del ojo simbolista de Joris-Karl Huysmans, llegamos a la adusta y fenomenal estética postulada por Apollinaire, antes de ubicarse la cabeza con un turbante, tras su paso por la *Grand Guerre*. Es ahí, en esos años previos a la guerra, donde se sitúa este amor

fugaz de la poeta Anna Ajmátova y el pintor/escultor Amadeo Modigliani. Es en una guerra anterior, sin embargo, la franco-prusiana, cuando se redacta uno de los libros cruciales para esa nueva estética, que obrará con la tradición, incluso con la tradición del mundo clásico, una cruenta y radical hechicería. Nietzsche escribe *El nacimiento de la tragedia* en 1870, "mientras los estampidos de la batalla de Wörth se extendían por Europa". Y de esos estampidos emergerá un culto a lo irracional y lo instintivo, a lo dionisíaco, a lo novedoso, a lo juvenil y lo impre-

meditado, que alimentará la inteligencia y el ánimo de las vanguardias en las que militan, de distinto modo, ambos amantes.

Modigliani –y De Chirico–, como valedores y transformadores últimos del mundo clásico, ahora en fuga. Anna Ajmátova, como delicada destructora de la fantasmagoría simbolista –aquella que encarnan Moreau y Huysmans– y que aún lo impregna todo. Más allá del extraordinario drama cósmico, representado como anomalía, como signo, como indicio de una oscuridad sagrada, Ajmátova ha explorado el sencillo drama de

lo humano. Y por lo tanto, el ámbito de lo personal y lo doméstico; o si lo preferimos, la ínsula de lo sentimental, que Freud ha abierto hace diez años, y que los numerosos ítsmos de vanguardia llevarán a un extremo inexplorado y vibrátil. Esa es, pues, la arquitectura de este amor parisino, sucedido en el año de 1911, entre aquellos dos artistas de alta y malograda ejecución. Ajmátova, como poeta de paso; Modigliani, como pintor y escultor avecinado en París.

Se trata, por otra parte, de un amor poco documentado, lo cual permite a Élisabeth Barillé ensa-

yar una reconstrucción en la que pone voz a ambos amantes. Barillé llama *novela* a este ensayo reconstructivo. A lo cual se añade que dicha reconstrucción se nos presenta como una comunión espiritual, como un solapamiento de caracteres, y no como una dócil aceptación de las impertinencias de la carne. Cabría preguntarse, pues, si Barillé considera posible este tipo de *amour fou*, literaturizado por Breton en *Nadja*, o sólo está tratando de imaginar los resortes anímicos y culturales de los amantes, y el mundo donde tal amor se hizo posible. Sea de uno u otro modo, su escritura es exigente y ágil, marcadamente lírica, a la que subyace un fuerte trabajo de documentación, desde el que emergen, envueltos en su propio mundo, los personajes. Dicha

forma de acercarse al arte la hemos visto ya en Echenoz y en Michon, y no queda lejos del modo fracturado, poético y sumario que Éric Vuillard ha aplicado a otros asuntos, pero cuya vocación reconstructiva es la misma.

Quiere esto decir que Barillé obra por omisión. Y que dicha omisión es la que impele al lector a imaginarse un mundo que la autora ha ido silueteando con nombres y gestos y escenarios que nos permitan sospechar cierta idea de París, cierta idea de las vanguardias, cierto temblor y avidez ante lo nuevo. Por otra parte, debemos recordar que es en el París tardorromántico, entre la abigarrada estética simbolista, donde se dan estas breves e intensas floraciones cuya idea de lo puro, cuya nueva concepción del hecho humano, se halla todavía en sus primeros estadios. En ese estadio es una novedad la púdica confesión poética de Ajmátova; y también esa forma de ubicar la carne, de medirla desde dentro, iluminada por un fuego, que tiene Modigliani, y en el que hay algo de icono desvestido, de rigorismo egipcio, de la enigmática simplicidad del África. En esa forma se nos reveló una de las Ajmátovas que fue Ajmátova.



Usos y costumbres

LONDRES

Julio Camba. Prólogo de María Ángeles Robles. Renacimiento. Sevilla, 2021. 246 págs. 18 euros

M. G. González

El lector curioso ya habrá visto reseñados anteriormente otros volúmenes de Camba donde se recogen sus piezas de escritor viajero, y por lo tanto, sometido a la tiranía de los transportes y a la arbitrariedad, no siempre dulce, de los lugares de hospede-

daje. Ahora mismo, me salen aquí tanto su *Constantinopla* como su *Alemania*, magníficos ambos, pero también cabría recordar uno de los grandes libros dedicados a Nueva York, y que lleva por título *La ciudad automática*. Por supuesto, Camba pertenece a la hora mayor del periodismo escrito, en las primeras décadas del XX, donde el cosmopolitismo fue una forma de suavizar y popularizar los tipos acuñados durante el XIX. Aun así, su técnica es la misma

que ya empleara Montesquieu en sus *Cartas persas*. Esto es, utilizar la descripción de las costumbres foráneas para, a la vuelta, reflejar y criticar acerbamente las propias.

Quiere esto decir que el *Londres* de Camba, que es el Londres de finales de 1910, cuando acaba de comenzar el reinado de Jorge V, es toda-



vía aquel Londres heredero del rigorismo victoriano y el Salvation Army. Pero también el Londres hijo triunfal del positivismo decimonónico. Con lo cual, mucho del comentario londinense que nos ofrece Camba vendrá mediatizado, tanto por la envarada cortesía de sus anfitriones como por su carácter práctico, que alcanza a la parva cocina insular y su triunfal y omnipresente *roast beef*. Como es lógico, Camba añadirá a este cuadro la consabida falta de imaginación inglesa,

enfrentada a la improvisación latina, siendo lo cierto que fue la imaginación, y no la realidad, aquella magnitud favorecida por empirismo británico. Con todo, este *Londres* de Camba, un Londres irreal, celérico y en brumas, viene expresado en un español limpio y versátil, donde los paisanos de la Pérfida Albión son retratados, y a veces caricaturizados, con enorme perspicacia. Como ya he señalado, sin embargo, dicha perspicacia, siempre bienhumorada, tiene como finalidad última el retrato del español. Y a mayor abundamiento, los vicios y pesadumbres de este pueblo de fieras, a criterio de Camba.